

«Lo que importa desde el punto de vista sociológico y psicológico-social, es hallar el justo medio entre un desencadenamiento de los instintos por una parte, y por otra, un fosilizarse en formas tradicionales y ya en muchos sentidos anticuados, de las costumbres y en particular de la educación» (1).

INTRODUCCION

En mil novecientos cincuenta y cuatro, en la Asamblea de Intelectuales católicos franceses, ROGER PONS afirmaba. "El pudor, fruto efímero de una civilización amenazada, desaparece" (2).

Que el pudor desaparece es indiscutible para muchas mentalidades de nuestros días. Pero la situación ante este hecho, más o menos discutible en su verdadera realidad, es objeto de opiniones contrarias. El sector conservador, por llamarlo de alguna manera, ve en ello el resultado de la confusión de costumbres de la "avalancha" moderna, encaminada al paganismo más absoluto y libre de escrúpulos. El bando contrario lo critica llamándolo "perjuicio social" fórmula gastada "adecuada a épocas pasadas, nacido de un vivo desprecio de las funciones sexuales" (3).

Estas dos posiciones plantean la cuestión que va a centrar el objeto de este artículo. ¿Quién determina el pudor? ¿Es la sociedad o le viene dado al hombre como algo propio?

Si es determinado únicamente por la sociedad, como una de tantas normas de convivencia postuladas por la índole misma de una estructura cultural, el pudor es un fenómeno puramente histórico y puede, legítimamente, convertirse en pasado. En la otra alternativa, se nos presentaría como un factor innato que nace con el hombre y que la sociedad debe integrar en su estructura.

Al formular el tema de esta manera, trataré de sugerir algunas orientaciones auxiliares para la tarea pedagógica a escala individual y sociológica.

pudor y

Este planteamiento exige la reflexión sobre dos datos fundamentales del problema: el fenómeno histórico-social y el dato individual; es decir, el pudor en la Historia y el pudor en la psicología del individuo. Ambos datos quedarán por fuerza bastante esquematizados en los límites reducidos de un artículo.

PUDOR - HISTORIA

Las formas externas que manifiestan el pudor a través de culturas y ambientes sociales son tan diversas que pueden llegar casi a oponerse. Así en China, la mujer debe ocultar el pie; en Oriente, velar el rostro, en algunas tribus salvajes, cubrir el occipucio. Una modalidad interesante nos ofrecen los

sociología

Guillermo Campo

pueblos de cultura primitiva en los que se practica el nudismo completo. El testimonio de estas tribus, cuya carencia de estructuras ideológicas es casi absoluta, es un argumento en contra de los que sostienen que la cultura origina el prejuicio social del pudor. Uno de estos pueblos habita las selvas del Brasil. Ningún concepto universal tiene sitio en su vocabulario, pues carecen de términos para expresar las cosas abstractas. La misma numeración llega sólo hasta siete y para contar se sirven de los dedos de las manos y de los pies. Tampoco se puede encontrar entre ellos señal alguna de culto. Sin embargo, tienen un elevado sentido del pudor y existen duros castigos para los desaprensivos. El R. P. *Aupiais*, informando a

la Sociedad francesa de Filosofía, refiere que: "En los bailes no se verá nunca que hombres y mujeres se den la mano, mucho menos el brazo. Jamás un hombre pondrá el pie sobre una estera extendida en el suelo sobre la que esté sentada una mujer. Si tal hecho sucede, aun involuntariamente, la mujer se levanta indignada gritando que le han insultado" (4).

Este dato histórico ofrece a nuestra consideración tres fenómenos interesantes: una reacción personal de pudor; un prejuicio social: pisar la estera donde se sienta una mujer es quebrantar el pudor; una penalidad para el infractor. Notemos, aunque sea de paso, que esta penalidad social no puede menos de influir en la reacción de la persona ofendida. La mujer grita no sólo porque encuentra ofendida su dignidad personal sino, además, porque al perderla, al comportarse contra las normas sociales, puede quedar excluida de la sociedad y castigada por ella.

Estos tres factores se repiten sustancialmente en todos los casos y épocas, aunque con mayor complejidad, a medida que la sociedad es más amplia y está culturalmente más desarrollada. Pero siempre muestran la importancia que tiene el juicio social en la manifestación pública del pudor. Desde este punto de vista, el juicio que la sociedad emite acerca del individuo llega, a la larga, a convertirse en criterio que actúa de barrera o da paso libre a sus modos de conducta. Este juicio social queda enmarcado en un complejo entramado de ideas filosóficas, realidades económicas y políticas, que conforman la realidad social y determinan perspectivas distintas para acciones idénticas.

Los condicionantes históricos marcan un clima, una tónica, que afecta el criterio y las manifestaciones del individuo masa, es decir de la mayor parte de la sociedad. De aquí no se puede deducir que la sociedad crea el pudor. Los datos citados, y otros muchos que

confirman la universalidad del pudor, nos sugieren, además, la existencia de un factor individual cuya función no termina en la convivencia del grupo.

¿Por qué esa constancia del mismo sentimiento de pudor en medio de ambientes y expresiones tan diversas? ¿Por qué esa necesidad de darse formas externas que manifiestan un sentimiento constante y universal? ¿Es solamente un fruto "efímero de una civilización amenazada" por lo inexplicable, por necesidades sociales? ¿Proviene de una moral religiosa mal aplicada a la sexualidad, de una mentalidad poco científica, de la herencia de antiguas prescripciones útiles en su momento para impedir la degeneración del clan? La discusión y solución de estas preguntas equivale a plantear si el pudor es innato o adquirido.

Esto nos introduce a un análisis psicológico del fenómeno.

PUDOR - INSTINTO

Así se ha catalogado muchas veces. Al adjetivar el pudor se emplean las palabras: instinto, sentimiento, emoción. Con todos ellos tiene elementos comunes; pero, ¿cuál de los tres es su adjetivo específico?

La expresión *pudor-instinto* vale en cuanto sugiere que el pudor tiene espontaneidad, rapidez de reacción ante su estímulo y la primariedad que antecede a la autodeterminación consciente. Estas características son propias de

los instintos, pero no son lo esencial. Lo fundamental del instinto humano es tender hacia un horizonte determinado (5). Fundándose en esto, sicólogos y fenomenólogos modernos (6) establecen una diferencia esencial entre instinto humano y animal. "En los animales irracionales llamamos intintos a los impulsos propios de la dinámica teleológica. Estos impulsos dinámicos están dirigidos hacia un fin sin que aparezcan en forma de representación consciente ni la meta ni el camino que a ella lleva. Otra cosa ocurre en los hombres. En ellos los impulsos, que atraviesan la temporalidad de la vida anímica, muestran casi siempre un conocimiento del fin y una comprensión de sus circunstancias y relaciones" (7). Es decir, que lo verdaderamente importante en estas vivencias pulsionales es su proyección al futuro, hacia contenidos de valor que verificarán las posibilidades del individuo. El pudor no es un instinto, tendencia, para seguir la terminología que he adoptado. La fuerza de su *pathos* no se proyecta hacia el futuro como en las tendencias, se verifica sobre el presente. Además, su aparición va siempre unida a la manifestación de otro factor del mecanismo psicológico, el instinto sexual, por lo general.

Tampoco puede ser clasificado entre los sentimientos. Los sentimientos son "modalidades de nuestro ánimo interno que se proyectan sobre el mundo; estados en cuyo reflejo se nos muestra lo que encontramos en el mundo y desde el cual, a su vez, queda determina-

(1) SCHÖLLGEN, W. «Problemas morales de nuestro tiempo» Herder 1962.

(2) *Qu'est-ce que l'homme?* PARIS, 1954.

(3) «Morale sexuelle et pédagogie sexuelle» cit. por LA VAISSIERE, «Pudor instintivo» Madrid, 1948 pág. 32.

(4) *Bulletin de la Société française de philosophie* 1928, cit. por LA VAISSIERE o. c. pag. 27.

(5) Estas definiciones están tomadas de la obra de PH. LERSCH «La estructura de la personalidad». El enfoque de Lersch me parece plenamente adecuado a la fuerte unidad bio-espiritual del hombre. Por esta razón prefiero adoptar su terminología aun a riesgo de ser tachado de demasiado filosófico.

(6) Klages, Krugger, Lersch, Husserl, Scheler.

(7) LERSCH, PH. «Estructura de la personalidad» Barcelona 1962, pág. 98.

da nuestra conducta con respecto a él" (8). Son esa modalidad cenestésica, ese temple de nuestro espíritu, que solemos expresar cuando hablamos de nuestro estado de ánimo: me encuentro triste, alegre, desanimado.

Aunque estamos acostumbrados a hablar del sentimiento de pudor, este no es un sentimiento si queremos hablar con propiedad. El pudor es una reacción espontánea, una especie de reflejo síquico, y no un estado de ánimo persistente.

PUDOR - EMOCIÓN

¿Es entonces el pudor una emoción?

Las emociones conciencian el logro favorable o adverso de las tendencias. Hacen resonar en nuestra conciencia el triunfo o fracaso de nuestras aspiraciones, de nuestras tendencias instintivas. Representan la manifestación interior de un choque vivencial con el mundo exterior. La emoción puede ser, en ocasiones, la toma de posición ante un objeto presente o cercano cuya presencia puede ser provechosa o contraria a la realización de una tendencia. La cualidad y profundidad de su carga emotiva está orientada en el mismo sentido de la tendencia con que se relaciona, estimulando o retrayendo su impulso hacia el objeto. Así, en el instinto sexual, los objetos que lo verifican despiertan y fortalecen la fuerza de la tendencia a través de los vivencias emotivas suscitadas que son para ella como la garantía y el gozo de su realización.

Todas estas cualidades las reúne el pudor y por ello lo podemos clasificar entre las emociones.

Al clasificarse entre las emociones, por tener sus características, estamos afirmando que no puede considerarse

como una estructura *totalmente* adquirida. Al menos en su constitutivo más elemental es innato al hombre. La sociedad al concretar, dirigir y determinar su fuerza impulsiva a unos modos concretos lo modifica y hace aparecer como adquirido; sin embargo, como vivencia pulsional es totalmente innato al hombre.

PUDOR - INTIMIDAD

Decimos que el pudor es una emoción; tenemos, pues, que señalar qué tendencia se relaciona con él de modo inmediato, qué "deseo" queda hecho consciente por él, pues hemos dicho que esto es una de las notas esenciales de toda emoción.

Corrientemente se suele decir que el pudor está ligado a la esfera de la sexualidad, al instinto sexual; pero esto sería un obstáculo para poderlo clasificar entre las emociones. El pudor es un freno, cualquiera puede darse cuenta de ello en su propia experiencia. Si fuese el instinto sexual el que se relaciona directamente con el pudor, quedaría frenado, disminuído. Sin embargo, se da, de hecho, coexistencia de un pudor muy sensible y un instinto sexual muy fuerte y desarrollado.

¿Es posible encontrar otro punto de partida que no sea el instinto sexual?

Examinemos un caso frecuente, por desgracia, en nuestras ciudades: la muchacha que distrae su vista ante la mirada provocativa de un hombre que viaja junto a ella en un transporte urbano. El pudor de esta muchacha ha sido ofendido, porque su intimidad ha sido sorprendida. La mirada del hombre cargada de deseo, le ha reflejado la imagen de su intimidad de mujer. Esto ha provocado en ella un gesto instintivo de cubrirse, de quitarse de en medio. El giro de sus ojos por autodefensa instintiva es ante todo el grito de pro-

(8) LERSCH, PH. o. c. pág. 265.

testa por la intrusión en la esfera de su intimidad de un extraño a ella. Esto no se opone a que al mismo tiempo se haya suscitado en ella el instinto y en una segunda reacción sea ella misma la provocativa. Lo que nos interesa aquí es subrayar que lo primero que se vivencia en el pudor no es la sexualidad sino la intimidad ofendida. Por eso cuando la intimidad es una esfera abierta, el pudor desaparece, no existe ofensa alguna.

La sicología estadística viene a confirmarnos este dato. El pudor femenino, más sensible que el del hombre, tiene su punto más alto entre los catorce años. Precisamente, la mujer, al terminar el período básico de desarrollo fisiológico, comienza a tener conciencia de su intimidad, que es mujer, con toda la fuerza de una novedad recién descubierta. Nos encontramos entonces con dos realidades que coinciden: máxima conciencia de intimidad, máxima sensibilidad de pudor.

Esta afirmación parece quedar confirmada en el hecho de que el pudor surge en otras ocasiones que nada tienen que ver con la esfera sexual: un secreto escondido que nos es aireado, una confidencia hecha a un amigo que llega a trascender a tercero. El mismo ridículo a que nos vemos expuestos en una situación determinada, lleva en su raíz esta misma cualidad endotímica, no obstante el complejo vivencial que lo integra. Además, el pudor, como tal reacción, pervive en el hombre aun cuando no actúe ya en la esfera sexual. Este es el caso de los degenerados sexuales.

Situándonos en esta perspectiva, podemos clasificar el pudor como una emoción. El pudor es el centinela que vocea ante nuestra conciencia que la puerta de la ciudad ha sido abierta. Su puesta en primer plano frena la actividad interior, los demás horizontes vivenciales, y lanza el toque de queda sobre el tráfico de nuestro mundo in-

terior. Como emoción, llama la atención de nuestra conciencia sobre algo que ofende a nuestra intimidad. Esta intimidad está directamente relacionada con nuestra dignidad. Por eso será tanto más consciente y tendrá mayor fuerza cuanto nuestra personalidad sea más fuerte y la estima de nuestra dignidad sea más sensible y elevada.

Con esto creo dejar claro que el pudor, como fuerza psicológica, es algo innato al hombre. Sus primeros brotes aparecen cuando el hombre comienza a tener conciencia, aunque sea de modo confuso, de que es persona. Cuando el hombre alcanza la madurez de su personalidad, este mecanismo queda integrado en su zona superior y constituye para él una fuerza que apoya sus convicciones personales, sus criterios conscientes y libres.

Cabría preguntarse ahora cómo se liga a formas externas tan diversas. La respuesta queda apuntada en la primera parte: las formas las crean los condicionantes históricos y a vista de ellos la educación de la pedagogía familiar o del clan social los aplica.

Otra de las preguntas que completa nuestra visión sobre el tema es la posibilidad del pudor en los pueblos primitivos. ¿Cómo es posible que el desnudo completo no ofenda el pudor?

La sexualidad es una de las zonas más relacionadas con el pudor como es experiencia común. Ahora bien, la sexualidad como tendencia tiene su objeto propio donde busca satisfacerse. Es ley ordinaria de las tendencias que la presencia de su objeto excite el deseo de realizarse. Pero el objeto pone en marcha la tendencia que le es propia cuando se presenta a ésta como estímulo, como reclamo. Si esta cualidad del objeto queda en segundo plano, la tendencia no se siente estimulada y entonces, otra tendencia, otra apetencia, puede ser estimulada de acuerdo con el aspecto que resalta en primer plano

sobre el objeto. Esto nos explica por qué el desnudo, que es un excitante natural y directo de la sexualidad, puede no suscitar esta reacción. Si el desnudo es mirado con ojos artísticos, excita el sentimiento de belleza y la emoción estética; si se siente como ofensa de la intimidad o de la dignidad suscitar el pudor.

En resumen, el pudor está íntimamente relacionado con el modo de apreciación, con el criterio individual, sobre lo que es ofensivo a la propia dignidad. En la formación de este criterio interviene activamente el juicio social. Así nos encontramos tribus salvajes en las que se practican los desmanes más groseros en orgías de tipo religioso y al mismo tiempo observan el pudor más severo en la vida ordinaria. En un caso, una idea superior, una concepción religiosa, ritual, forma una costumbre social que vincula esas acciones depravadas a una esfera distinta de la exclusivamente sexual. En el segundo caso, una serie de imperativos han creado un juicio social de desprestigio, de indignidad personal contra determinados actos licenciosos, facilitando la creación de una actitud natural de pudor cuando estas normas son violadas. Hay que tener en cuenta, además, que el nudismo es en ellos algo habitual, funcional, dentro de su vida. Está ligado a las personas y se confunde con ellas, lo mismo que sucede entre nosotros con el vestido. Para que esta misma forma de aparecer la persona, desnuda en nuestro caso, sea estímulo de la sexualidad, es preciso relacionarla directamente con ella, trasformarla en estímulo mediante una variación, una circunstancia cualquiera determinada a provocarla.

CIRCUNSTANCIAS ACTUALES

¿Cuál es el ambiente sociológico actual ante el pudor?

Hoy, el pudor se ambienta en medio de una ideología que reclama para

el individuo la libertad absoluta: "Soy libre y mayor de edad para todo". El intervencionismo en la vida de los jóvenes, o de los mayores, por medio de prohibiciones, de normas que coarctan la libertad del querer personal, está considerado como proteccionismo y este choca contra el *slogan* fundamental de respeto a la autonomía. Esto sitúa en un terreno difícil la tarea del educador, sobre todo porque esta reacción contra toda norma es particularmente sentida en el terreno moral. Aunque, en teoría, el respeto a la conducta del individuo abarca la extensión de la vida, en la práctica sólo se verifica con los que viven al margen de la moral. En lo demás todo está verdaderamente normado y regulado por la moda por lo que "priva". Si se está al día, si no sale uno de lo que todos hacen, de lo que todos llevan, si se somete uno a esta dictadura de la masa, entonces tiene acogida social y, paradójicamente, puede tener conciencia de ser libre y autónomo, moderno. Pero si se atiene a la norma moral, comienza a ser un anticuado, un ser falto de vitalidad, falto de libertad de espíritu. En este arrinconamiento y prescripción de toda delicadeza moral, ¿qué normas de pudor pueden quedar en vigencia cuando falla el mismo derecho de existencia al concepto de norma? ¿Qué sentido puede tener para un joven observar un ritual de distancias, abstenciones, y reservas que, según dicen, guardan y preservan una sana moralidad? ¿Qué atractivo pueden tener estas normas para quien sienta el ridículo social de su postura? ¿Acaso no es el ridículo una de las situaciones que más espantan al hombre? Además, al someterse a estas normas cae socialmente en la categoría de los tutelados, de los menores de edad, lo cual es una injuria para su dignidad y un bochorno dentro de su pequeño clan.

En estas circunstancias, la pedagogía del pudor tendrá que ir a buscar al mismo individuo puesto que la Sociedad no le ofrece ninguna norma externa. Partiendo del punto de vista de la

libertad debe ir a crear en él la conciencia de responsabilidad social excitando en él el sentido de la vida como tarea y responsabilidad. De este modo se irá despertando en él la conciencia del propio valor, de su autonomía y esto le conducirá al sentimiento de su intimidad y al pudor. Así pues los métodos no pueden apoyarse sobre normas directas sino en un trabajo indirecto que lleve a un criterio, a una actitud.

Aquí le corresponde a la Iglesia un puesto preeminente pues nadie mejor que ella proclama la dignidad de la persona humana, no sólo por ser libre y responsable, sino por estar destinada a incorporarse a Cristo y participar de la gracia.

El pudor no puede ser presentado sólo en sus relaciones con la esfera sexual y desde el punto de vista de la moralidad; hay que integrarlo en una perspectiva más amplia. Vimos que es una emoción que vivencia, hace consciente, una actitud interior; ésta es la que hay que tener en cuenta para enjuiciar las consultas concretas. Si se pregunta sobre la moralidad y licitud de incorporarse a ciertas modas, participar en fiestas, bailes y otras costumbres, tendremos presente, además, lo que antes hemos dicho sobre la cualidad de los objetos en relación con la estimulación de sus tendencias.

El hecho de que una moda se haga habitual y quede aceptada por la mayor parte, le hace perder su carácter de novedad, de excitante, si lo tenía al principio. Por tanto, mientras no se dé una circunstancia que subraye especialmente su carácter de estímulo y lo ponga en primer plano, no pasa a ser "prohibido" en el sentido que los moralistas designan con el nombre de ocasión próxima. Tenemos entonces una ocasión remota en sí misma considerada, aunque por alguna circunstancia, como hemos dicho, pueda convertirse en próximo excitante por circunstan-

cias especiales. Lo que de hecho está admitido corrientemente, tiene un carácter de integrante social y, al formar parte de la vida, adquiere múltiples puntos de vista que le hacen capaz de ser participado por la mayoría que no lo considera desde un punto de vista exclusivo.

PUDOR CRISTIANO

Hasta ahora he considerado el pudor desde un ángulo puramente natural. En este sentido, su existencia y fuerza depende del concepto que el hombre tenga de su propia dignidad. El mensaje cristiano, al situar al hombre en la esfera de Cristo, al hacerle un testigo de lo sobrenatural entre los hombres, al darle la gracia, le sitúa, en una esfera superior. El hombre no es un ser puramente racional y perfectible sino un hijo de Dios; su cuerpo, como dice S. Pablo, es templo del Espíritu. De este modo, ir contra el pudor es envilecer la luz sagrada de nuestros corazones.

Cristo dice: "Bendiciones para los limpios de corazón porque ellos verán a Dios". En esta altura de horizontes el pudor es para el cristiano una exigencia de su destino y del don que le fue concedido por el Bautismo. Al mismo tiempo, la conciencia de este destino y el don interior de la gracia le conceden una sensibilidad especial para cuanto se refiere al pudor en la esfera de lo sexual. Esta sensibilidad especial ha tomado cuerpo en formas y moldes, en actitudes y costumbres genuinamente cristianas que se han ido transmitiendo por la familia. Es verdad que no siempre han correspondido a un sentido genuino y consciente, por eso han degenerado en excesiva sensibilidad, pudibundez, y formas vacías. De estas se resienten no pocos en nuestros días y al encontrarse en medio del ambien-

te general las desechan como fórmulas vacías. El camino para la formación del pudor cristiano sigue las mismas líneas de solución que he apuntado más arriba, porque el pudor es fruto de una conciencia y no mera imposición de actitudes externas, de formas que nos impone nuestro código de moralidad.

Este punto de la moralidad plantea un problema complejo y delicado que creo conveniente apuntar aunque sólo sea a modo de sugerencia.

La intromisión y mezcla del concepto de culpabilidad es pernicioso para la formación sana del pudor. El pudor es un elemento psicológico que ayuda a la formación de nuestro sentido de intimidad, de dignidad. Pero es una ayuda elemental. Si los objetos que suscitan el pudor están demasiado ligados a la culpabilidad, el pudor no llega a evolucionar y queda estancado, creando estrechez de conciencia. No se llega entonces a crear un auténtico pudor

virtud (9) estructurado en la esfera superior del siquismo. En vez de llegar a crearse una actitud personal de valor, una especie de paladar, fruto de una sensibilidad digna y elevada, se crean unos módulos valorativos concretos y recortados que nada tienen que ver con el pudor auténtico cristiano.

Es éste un problema delicado cuya verdadera perspectiva se integra en otro más amplio, el de la formación y educación de la conciencia moral, pero cuya existencia, creo, debemos tener en cuenta diligentemente en las orientaciones individuales y colectivas que damos al tratar el tema del pudor.

(9) Sto. Tomás distingue entre pudor instinto y pudor virtud. El segundo es una determinación de la virtud general de la prudencia. Para él, el pudor como actitud es la misma virtud de la prudencia pero aplicada a la esfera de la honestidad. Cfr. S. Th. 1, 2, q. 57, a. 4 y 1, 2, q. 34, a. 1-4.

